

LITERATURA

MARIO BAEZA. — *Cantares de Chile*. (270 págs. en 16°). Editorial del Pacífico. Santiago de Chile. 1956.

Es éste un bellissimo conjunto de 193 cantares populares, agrupados en siete secciones: para mecer al niño; cuando éramos niños; en la nochebuena; de la tradición; la canción popular; a Dios y a la Virgen; algunos himnos. Son cantares de Chile, pero no exclusivos de este país, ya que no pocos son también populares en otras regiones de la América hispana. Aunque con variantes, más o menos sensibles, un tercio de esos cantares son conocidos en la Argentina.

Las variantes son, a las veces, harto extrañas, como el que en Chile sea: "Arroz con leche — me quiero casar — con una niñita — del Portugal", mientras entre nosotros es "con una señorita — de este lugar" (aunque en Rosario de Santa Fe, cuando éramos niños, la variante era "con una señorita — de San Nicolás"). Lo extraño es que Chile, región más alejada de Portugal y de todos los dominios de Portugal como tal vez ninguna otra región de América del Sud, contenga una referencia de esa naturaleza.

No criticamos que el recopilador nada nos diga sobre estas variantes, por cuanto no se había propuesto darnos una lucubración sobre los orígenes y desarrollo de la poesía popular chilena, sino una antología, y a fe que ha cumplido con creces su cometido. Como ha escrito para sus compatriotas, no explica ciertos términos que nos resultan de difícil inteligencia, pero que en Chile tal vez sean del dominio público, como *cuartillos* en la pág. 101, *piño* en la pág. 162, *patagual* pocas páginas más adelante, y así otras palabras igualmente raras.

El ignorar esos términos no resta frescura y belleza exuberante a estos cantares, cuyo cariz moral es común a todos ellos, a pesar de ser no pocos enteramente amatorios. Con sobrada razón termina Baeza su breve y enjundiosa introducción, o conversación con el lector, en esta forma tan simpática: "No conversemos más... Toma este pequeño libro, ábrelo, y en su compañía canta... Con-sérvalo hasta que se haga polvo y humedad contigo... Míralo: éstas son canciones que se dicen sobre todos los vientos de esta tierra reseca y dulce que es tu tierra. Estos son cantares de Chile".

G. KASPAR.

GERMANO DE NOVAIS. — *Raúl de Leoni. Fisonomía do Poeta*. (13,1 x 18,3 cms.; 215 págs.). Impreso na Tipografia Pia Soc. de S. Paulo. Porto Alegre. Brasil, 1956.

Siempre es consolador en este mundo nuestro tan enfermo de materialismo el encuentro con un nuevo poeta. En este caso se trata del vate brasileiro Raul de Leoni. Nacido en Petrópolis en 1895, murió en Itaipava en 1926. Su única obra publicada, por lo menos la única citada por el autor, es *Luz Mediterránea*. Historia corta en el tiempo y en la producción pero que parece haber dejado un rastro luminoso en la historia de la poesía brasileña. Espíritu empapado del pensamiento clásico, agrega a esto el desencanto moderno. Muchos han creído notar en sus creaciones influencias parnasianas y simbolistas, pero el autor critica ambas opiniones y las refuta. Más bien ve en él un poeta personal, que no funda escuela ni procede de ninguna. De él dijo nuestro conocido Tristán de Athayde: "Para todo o mundo, e muito especialmente para aquéles que ainda acreditam na intelligência, a morte de Raul de Leoni fechou talvez um dos caminhos de nossa poesia moderna. Pois éle foi realmente um grande poeta, um grande poeta próprio, capaz de abrir novas estradas" ("*Estudios*", 3ª Série, 1930, Rio).

Hemos conocido además a su introductor, el joven jesuita, brasileiro también, Germano de Novais, quien a pesar de su juventud promete, con ésta y otras obras, una fecunda carrera en el campo de las letras. El presente libro, primero que se escribe sobre Raul de Leoni, originariamente fué presentado como tesis para optar al doctorado en Letras, en la Pontificia Universidad Católica de Rio Grande del Sur. Trabajo hecho a conciencia y con amor, el autor ha recorrido, de manera paciente y crítica, todas las fuentes a su alcance. Con rápidos trazos describe la breve biografía y los rasgos peculiares de su espíritu. Luego lo estudia como artista y como pensador y analiza su cristianismo y personal filosofía de la vida. Por último lo sitúa, a través de un largo recorrido entre críticos y especialistas, en el marco de las letras brasileñas. Concluye el trabajo con una bibliografía que nos parece suficientemente abundante.

Obra seria y completa es una verdadera contribución no sólo a la historia y al cono-

cimiento de la literatura carioca sino también de toda la literatura americana. Y para terminar esta presentación, nada mejor que oír la voz del propio poeta en su última canción, verdadero canto de cisne:

*Revendo-se num século submerso,
Meu pensamento, sempre muito humano,
E uma cidade grega decadente,
Do tempo de Luciano
Que, gloriosa e serena,
Sorrindo da palavra nazarena,
Foi desaparecendo lentamente,
No mais suave crepúsculo das cousa...*

(Luz Mediterránea, pags. 35 e 36. 5ª Edición, Sao Paulo Livraria Martins Editora).

CARLOS A. POLEMANN SOLÁ.

OSIRIS RODRIGUEZ CASTILLOS. — *Grillo nochero*. (175 págs). Montevideo, 1955.

Nada sé de Osiris Rodríguez Castillos. Supongo que *Grillo nochero* es su primer libro, ya que en ninguna de sus páginas se insinúa otra cosa. Supongo además, en función de una serie de sutiles indicios, que el autor no es un intelectual, que ha leído poco a los contemporáneos y que su estética se nutre de fuentes escasas en número, aunque de calidad.

Grillo nochero comprende en realidad dos libros, diferenciados entre sí por la innecesaria dialectalización que estorba en *Brasas*, título del segundo. A través de ambos se trasluce que el arte del joven poeta uruguayo es un arte fundado sobre la observación y no carente de modernidad —sobre todo en los tropos—, íntimamente relacionada ésta con esa facilidad para la comparación sorprendente y el inesperado acercamiento de términos, característica de la gente campesina, cuyos productos metafóricos terminan por incorporarse al habla cotidiana acuñados en lugares comunes.

Rodríguez Castillos levanta cada uno de sus poemas con el destello de dos o tres imágenes inéditas y eficaces. Tales: "y un largo frío delgado — de yarará se desliza", "la noche, con pies mojados — viene apenas por los valles" (imagen de aliento homérico), "mi rancho estiró un alero — y en su chúcará clinera — charquió el arrorró, y el rezo", "y mama, como encinta de la muerte — pasaba un delantal preñado de balas", "me diba rasquetiando l'inorancia", "el sol, voltió a mi lao la sombra e'tata", "en sus ojos, dos auroras — con rocío amanecieron", "y descansó en el lomillo su capitalito e'sueño"...

Frecuentemente redondea un retrato o un paisaje con escasos y breves trazos; así cuando describe a una anciana: "Tan fiero la pobrecita, — de pelo blanco, encorvada, — se parecía a un arbolito — amanecido en escarcha".

O cuando pinta al montonero: "Bastaba que algún clarín — cacariara por las sierras, — para que el monte, o el río, — o el pajonal, lo parieran — vertical de patriotismo, — u horizontal de fiereza!"

Y de su lanza, dice: "Fué su tacuara, — madrugadora de huellas; — índice de soledad — por las llanuras inmensas; — esquinero del silbido — con que alambraba su ausencia — picaniando un gran cansancio — con escarcha en la melena..." y pareciera una resonancia de la voz exacta y brumosa de Arquíloco.

Al paisano de hoy lo describe con serena y mansa sucesión de imágenes: "Son los piones ganaderos — templados a sol y escarcha. — Puntales de cielos viejos, — que vienen arriando el alba — con la rosa de los vientos — plural para las rodajas".

La muchacha campesina emergente del baño canicular, merece que la diga: "Su fina piel de guayabo, — silo de soles, andaba — de las caricias del río — al abrazo de la playa".

No se puede juzgar a un autor por su primer libro. Lugones, que en más de una de sus costumbres era sagaz, evitaba comentar primeros libros y rara vez lo hizo (*El grillo*, de Roxlo, y algún otro fueron las escasas excepciones). Había evidentes razones metodológicas —aparte de las de estrategia literaria— para abonar la actitud del vate cordobés. Un primer libro no basta para pronosticar sobre el futuro de un poeta, ya que la comadrona, consumada su tarea, no podría decir si el recién llegado será boticario, punquista o general. El tiempo y su ejercicio son quienes lo deciden.

A juzgar por *Grillo nochero*, libro de anécdota, jugoso de humanidad, viril y noble, solariego y alzado, podría admitirse que su autor, Osiris Rodríguez Castillos, es un poeta crecido, considerable y prometedor. Un ancho crédito de esperanza se puede cifrar en él. Creo que el canto le es connatural; sus propios versos lo dicen, al exaltarlo como actitud vital: "Cantó el mozo — sin preguntarse por quién — pero se entiende, que cuando — trabaja un mozo cantando — trabaja como por cien!"

De persistir en su empeño, comprenderá que debe rehuir los fáciles ornatos seudoteóricos y especialmente los de índole idio-

LOS LIBROS

mática. El climax no se crea con dialectismos. Y Rodríguez Castillos tiene calidad para forjarlo sirviéndose de elementos permanentes, en el desprecio de los atajos fáciles.

El libro, como casi todos los primigenios, trae el inevitable prólogo de mano ajena. Lo firma Emilio Carlos Tacconi, y es en su factura inferior al texto al que sirve de limen.

ALBERTO OSCAR BLASI.

VICENTE TRÍPOLI. — *La Tierra y el Vagabundo* (Poemas). (108 págs.). Librería Perlado. Buenos Aires, 1956.

En estos poemas de Vicente Trípoli, presididos por una sutil melancolía que no adquiere tono elegíaco, sino que se trasparenta en otras posiciones más modernas, todo se halla sometido a una estricta decantación poética y a un severo análisis en el que el poeta no admite ningún género de concesiones.

No es, evidentemente, lo que se ha dado en calificar de *poesía difícil*, ni tampoco *poesía fácil*, como si el ser de la poesía se midiese por intrincados laberintos de dificultad, en lugar de una reveladora síntesis de la vida. Es, en cambio, *poesía auténtica*.

Lo primero que llama la atención en *La tierra y el Vagabundo*, es la novedad del vocabulario que incorpora Trípoli para sus creaciones. Si consideramos que el valor de las palabras se mide no por su significado en el diccionario, sino por sus asociaciones recíprocas —y si no la literatura sería un mero quehacer mecánico— convendremos en que expresiones como "*verde-verde*" y "*eco-eco*" (Suipacha, 126 Kms. al oeste del sueño), transparentan una sorpresa inmediata, muchas veces largamente elaborada, que reanima y vigoriza el libre curso poético.

La aventura poética de Trípoli, adquiere entonces dimensiones justas en sus formulaciones gramaticales.

Pese al clima de tristeza que abarca muchas de sus páginas, no omite el autor el incluir en sus composiciones expresiones y actitudes netamente afirmativas. Así lo tenemos como por ejemplo cuando escribe: "*Las palabras existen aún — y llegan a los oídos de los hombres*"

Incorpora, además, acertados elementos telúricos, que se intensifican en los poemas titulados genéricamente *Las Délticas*. La arquitectura poemática permite en estas páginas obtener un acabado contorno de su contenido geográfico y utilizarlo así en un eficaz manejo de la melancolía que se trasparenta, más que en la relación conceptual en su adecuación al tono del poema. Vicente Trípoli demuestra en esas páginas que es diestro en el manejo de la cosa poética y que la misma no tiene secretos para él. Conjuga esta sabiduría con una intensa vocación literaria que no se descuida de consignar, como cuando anota (pág. 89): "*Las palabras amadas destrozaron las verjas de la tierra — desbocaron tropes por el campo*".

Cada poema de Trípoli nos ofrece material para nuevas consideraciones de tipo formal o substancial de forma total y completa, pues se advierte que el autor las ha trabajado con un método severo y constante estudio de la realidad de su propio ser.

Anotemos finalmente, un adecuado sentido de la soledad que aparece en ciertos versos, concretado ante todo en la fijación anecdótica, como cuando dice: "*Desde el fondo agrisado de la infancia — contempla un niño sin edad — el giro-giro de la calesita verde — con los ojos del corazón solitario*".

Estos versos y muchos otros —como los de *El Tranvía 19 se fué a la gloria*— hacen por más de un concepto memorable este poemario.

ALBERTO BLASI BRAMBILLA.